



Características fundamentales de la predicación

Mary O'Driscoll, O.P.

Una historia cuenta que cuando un famoso Rabbi Hasídico, de nombre Susya, estaba a punto de morir, dijo a los que estaban a su alrededor: "Cuando llegue al cielo no me preguntarán ¿por qué no fuiste Moisés? sino ¿por qué no fuiste Susya?" Hay algo en esta anécdota para todas nosotras, individualmente y colectivamente. A mí, por ejemplo, no se me preguntará ¿por qué no fuiste Catalina de Siena? sino ¿por qué no fuiste Mary? Y a todas nosotras, hermanas, se nos preguntará, no ¿por qué no fueron carmelitas o solitarias en el desierto egipcio, o madres de familia numerosa? sino ¿por qué no fueron mujeres dominicas?, porque eso es lo que hemos sido llamadas a ser.

La historia acerca de Rabbi Susya me recuerda que al final solo se nos pedirá que respondamos acerca de haber logrado o no, ser lo que fuimos llamadas a ser. Me gustaría reflexionar sobre lo que significa el llamado a ser y a convertirnos en mujeres dominicas en un mundo del siglo XX y en una Iglesia del siglo XX.

La llamada a la predicación

No hay ninguna duda de que la llamada a ser una dominica es una llamada a ser una predicadora. Las Constituciones Primitivas de la Orden nos dicen: "Esta Orden fue fundada para predicar el Evangelio", y el Documento de Bolonia redactado unos pocos años atrás para toda la Familia Dominicana nos recuerda que "Nuestra misión particular es la proclamación de la Palabra de Dios". Las recientes declaraciones sobre las Prioridades Apostólicas de la Orden nos llaman a estar atentas constantemente al hecho de que para nosotras las Dominicanas la "prioridad de todas las prioridades" es predicar. Pertenecer a la Orden de Predicadores y no ser un predicador es por lo tanto una situación insostenible.

¿Qué es, entonces, una predicadora? Se pueden dar muchas respuestas a esta pregunta; la que prefiero es la que describe a una predicadora como alguien que sabe que le ha sido confiada la Palabra de Dios para los demás: alguien que siente urgencia por decir la palabra de la verdad, el amor, la misericordia y la justicia que ella misma ha recibido de Dios en Cristo Jesús. Alguien que, como Pablo, sabe que no debe negarse a proclamarla, aún cuando ella se sienta incapaz o pecadora. Domingo fue un predicador, Catalina fue predicadora, como también Vicente Ferrer, Fray Angélico, Bartolomé de Las Casas, Savonarola, Rosa de Lima, Henri Lacordaire, Catherine Sanzo de China, Margaret Hallahan, Louis Joseph Lebreton y otros innumerables en nuestra historia dominicana. ¿Somos nosotras predicadoras? ¿Tenemos nosotras el mismo ardor y deseo compulsivo que tuvieron ellos para compartir con los demás la Buena Noticia que nos ha sido confiada? Si no lo tenemos, las letras "O.P." detrás de nuestro nombre no responden a la realidad, son una burla.

Por supuesto, necesitamos recordar que la Palabra de Dios puede ser predicada de mil maneras distintas. A menudo cuando ustedes mencionan la palabra predicación, algunas personas inmediatamente piensan en un púlpito u otro lugar formal. Pero la Palabra de Dios puede proclamarse en cualquier parte donde la gente se reúna y aún hasta donde haya una sola persona. El capellán del hospital puede ser un predicador. También el maestro y el profesor secundario, el director de retiros, el animador en la comunidad, el que trabaja en la pastoral, el cocinero, el que visita las cárceles, el escritor, el artista, el jubilado y la hermana enferma. Vicente de Couesnongle, que fue Maestro de la Orden, nos recuerda que frecuentemente el púlpito no es el mejor lugar para predicar el Evangelio. Siempre estaba diciendo a sus hermanos dominicos que ellos necesitaban buscar nuevos lugares de predicación porque no pueden estar contentos al "predicar solamente desde un púlpito dentro de una Iglesia".

Aunque podamos entristecernos de que como mujeres, pertenecientes a los no-ordenados en la iglesia, se nos niegue jurídicamente el derecho a predicar en el contexto de la celebración Eucarística y haber tenido consecuentemente que encontrar nuestros lugares de predicación fuera del edificio de una Iglesia, podemos estar felices al saber que a causa de esto hemos aprendido a ser flexibles y creativas en nuestra predicación. Este siempre ha sido el caso de las mujeres en la Orden. Piensen, por ejemplo, en Catalina de Siena. Si alguna vez hubo alguien que experimentó la urgencia de predicar el Evangelio, ésta fue Catalina. Si alguna vez hubo una mujer que estaba atenta a los nuevos lugares de predicación, fue ella. Un escritor la describe como

siempre de "alcance máximo".

Sabiendo que la Palabra de Dios, de amor y verdad, le había sido confiada a ella para los demás, la predicaba en cualquier parte y en todos los lugares que podía: a Nicholas en su celda de la prisión esperando ser ejecutado; al Papa Gregorio XI en Avignon, demasiado tímido para volver a Roma; a Palmira en su lecho de muerte rechazando todos los ofrecimientos de reconciliación; a John Hawkwood, soldado mercenario inglés que buscaba otra batalla para pelear.

Pero Catalina no fue la única mujer dominica en nuestra historia con el carisma de predicar de nuevas maneras y en nuevos lugares, más bien, esto ha sido característico de muchas de nuestras mujeres. A través de nuestra historia me ha deleitado descubrir nombre tras nombre de mujeres entusiastas en cada siglo desde el comienzo de la Orden quienes, en respuesta a las necesidades concretas de sus contemporáneos, particularmente los pobres y los marginados, fueron movidas a salir para compartir con ellos la Buena Noticia del amor de Dios. Y me parece a mí que debido a que estas mujeres estaban libres de status clerical en la Iglesia, podían a menudo expresar más libre y creativamente que sus hermanos, la misión de la Orden de predicar el Evangelio. Como ellas, también nosotras nos encontramos en mejor situación para responder a la llamada de la Orden a estar siempre alertas a los nuevos y relevantes lugares de predicación.

Hoy, cuando buscamos lugares relevantes de predicación hacemos lo que siempre se ha hecho en los mejores momentos de predicación en la Orden, a saber: buscarlos en el contexto del mundo real en el cual vivimos. El mundo de hoy es un mundo en el que hay una creciente explotación del pobre por parte del rico, en el que el hambre se incrementa en forma alarmante, en el cual la crisis del exilio está afectando a millones, en el que hay un resurgimiento vicioso del racismo y una amplia erosión de los derechos humanos. Es un mundo en el cual somos testigos de un abuso rapaz de los recursos de la tierra y un crecimiento global en el fanatismo religioso; un mundo en que gran número de gente joven en todos los países son drogadictos, sin empleo y sin esperanza. Este mundo angustiado de la última parte del siglo veinte es el mundo que provee el contexto y la agenda para nuestra predicación dominicana.

Mujeres predicadoras

¿Se nota alguna diferencia en la tarea de predicar el Evangelio cuando lo hace una mujer y no un hombre? Pienso que sí. Al hacer esta afirmación por supuesto reconozco que mucho de lo que denominamos experiencia femenina, mucho de lo que involucra "ser-mujer" en nuestra sociedad no es intrínseco sino que ha sido adquirido a través de un largo proceso de acondicionamiento. Se sabe generalmente que aparte de diferencias puramente biológicas entre los sexos, la mayoría, si no todas, de las otras diferencias son relativas a una cultura dada. No obstante, sin entrar en la materia, pienso que todas estaríamos de acuerdo que, la cualidad de "ser-mujer" le da un color especial a la existencia de una persona, y que consecuentemente el "ser-mujer" le da un color especial al ser Dominica, como obviamente, "ser varón" le da un color especial al ser Dominicano. Sé que es difícil señalar con exactitud qué es este color especial, aunque pienso que todas somos conscientes de que hay una diferencia entre la manera en que una mujer proclama y revela la Palabra de Dios y el modo en que un varón lo hace, no necesariamente mejor, ni peor, sino diferente. Piensen por ejemplo en la diferencia entre la predicación de Domingo y Catalina. Cuando una mujer Dominica proclama la Palabra, si es fiel y verdadera, debe hacerlo desde su propia experiencia de cómo ilumina la condición humana y desde su experiencia femenina de la condición humana.

Tendremos esto presente cuando pensamos en lo que significa para nosotras ser predicadoras dominicas en el mundo de hoy.

No obstante, no es suficiente con pertenecer a la Orden de Santo Domingo para ser auténticos predicadores. Hay dos criterios que son esenciales si queremos proclamar válidamente el Evangelio hoy. Estos dos criterios que se encarnaban en la propia vida de Domingo y en la vida de sus primeros compañeros predicadores, varones y mujeres son: un estilo de vida evangélico y una conciencia teológica.

Recuerdan que cuando Domingo, en respuesta a las apremiantes necesidades de su época, decidió no volver a España para continuar su vida como canónigo Agustino, optó por permanecer en el sur de Francia y convertirse en predicador de la Verdad y el Amor de Dios. Con su Obispo Diego se dio cuenta de que la condición más importante para una predicación efectiva en esa región deprimida y sumergida en la herejía era un estilo de vida Evangélico. Sabía que, solamente tendría derecho a predicar el Evangelio si primeramente lo vivía. Por eso hizo una elección muy consciente en favor de una vida evangélica sencilla. Esa elección clave y la consecuente vivencia de ella por parte de Domingo y de quienes lo seguían, ha dado forma

para siempre a la comprensión dominicana de la predicación. A través de esto, Domingo ha demostrado que el contexto esencial para la predicación Evangélica es la vivencia evangélica a imitación de Cristo, el predicador por excelencia. Edward Schillebeeckx, de acuerdo con esto, ha señalado muy bien que "la fidelidad a la praxis de vida de Jesús mismo" es precisamente "fundamento de una proclamación del Evangelio llena del Espíritu" pues es sólo a la luz de la experiencia evangélica que cualquier cristiano tiene derecho a proclamar la Buena Noticia.

Como Domingo bien sabía que esto era verdad, también nosotras reconocemos, desde muy adentro, lo mismo, aunque la Ley Canónica establezca otros criterios más externos para la predicación oficial en la Iglesia. Yo sugeriría, por lo tanto, ya que como mujeres estamos siendo llamadas de una nueva manera en nuestro tiempo a ser predicadoras dominicas, que no debemos titubear en hacemos la pregunta desafiante: ¿cumplimos el criterio más importante para una válida predicación llena del Espíritu en la Iglesia? ¿Nuestro estilo de vida es evangélico?

Tomando a Jesús como modelo según se presenta en los Evangelios descubrimos que un estilo de vida evangélica tiene tres dimensiones esenciales. Es una vida de simplicidad, de compasión y de disponibilidad. Reflexionemos sobre estas tres dimensiones en la medida en que se relacionan con nuestra vocación dominicana.